



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año I

12 de noviembre de 1887

Núm. 2



¡ACCIDENTE! (estatuita en bronce por D. Mariano Benlliure, dibujo de P. y Valor)

Ayuntamiento de Madrid

UN RATO DE CHARLA

CREO, por lo que á mí me ha pasado, que todos vosotros ¡oh caros leyentes chiquitines! os habréis quejado grandemente del frío y del tiempo desapacible que reinó el día de Todos los Santos.

Sin embargo, conviene á veces que haga un mal tiempo como aquél, pues es la mejor manera de que podamos apreciar cuando el tiempo es bueno.

Demás de esto, conviene también quedarse en casa ciertos días, celebrarlos en el *home*, como dicen los ingleses, maestros en el arte de saber vivir.

El día de Todos los Santos, como el de Navidad, el de Reyes y algún otro, es propio para gozarlo en medio de las dulzuras del hogar, de preferencia á ir á esparcir por fuera la intimidad de la fiesta en familia.

No me vengan á mí con niños que van á *rifar* por los cafés y restaurants: primero porque eso de rifar es cosa de juego, y el juego (no el que tiene por objeto correr y ejercitarse y distraerse honestamente, sino el juego de *interés*) es aborrecible y malvado; y después porque no está bien que los niños se aficionen á ir por sitios donde su presencia entristece al que ama su inocencia y candidez.

De consiguiente, hicieron bien los que comieron buñuelos, castañas, panecillos y demás tradicionales golosinas, comprados y pagados enbuena y honrada moneda.

En cambio hicieron horrorosamente mal los que fueron á ver *Don Juan Tenorio*, obra que, aunque no volviera á representarse jamás, no sería muy de lamentar, ni aun quizás para su mismo egregio autor, el gran D. José Zorrilla.

Es un drama que puede gustar á la gente de trueno y á los literatos de *afición* (¡Dios nos libre de ellos!), pero que no por eso deja de constituir una estupidez. Podría *echarse* otra cosa menos falsa é inmoral, aunque los versos no fuesen tan campanudos. Gusta porque adula los malos instintos que hay en el hombre, como gusta la *Gran Via* porque halaga la sandez de un público que demuestra estar al nivel de la Maritornes en punto á buen gusto y delicadeza de sentimientos.

Hay que ir con mucho cuidado con lo que se os lleva á ver y oír; y yo, que soy muy francote, os saldré á veces con unas *críticas*

y opiniones que os dejarán de seguro pasmados al notar que no me gustan cosas que les gustan mucho á la generalidad.

Pero volvamos á lo que decíamos, esto es, á hablar del tiempo.

¡Qué hermosos días estos de otoño cuando el cielo está sereno, azul, sin una nube!

¡Al mediodía, cuando se sale de la clase, es una delicia tomar un ratito el sol!

Aquella es la mejor hora para pasear, sin perjuicio de que aprovechéis la salida de la tarde para echar una ojeada al magnífico espectáculo que presentan las puestas de sol, nunca tan esplendorosas como en otoño.

¡Qué arreboles aquellos, imposibles de reproducir en el cuadro mejor pintado!

Viene después la noche, la dulce velada, la hora más propicia al estudio, el rato eminentemente familiar.

Ciertamente que sin necesidad de salir de casa podría un pintor representar una de las cosas más poéticas del mundo: el espectáculo de una velada de invierno, con niños estudiando, mamás co-siendo, hermanitas haciendo labor, y algún primo ó amigo dibujando; todos en torno de ancha mesa, bajo la suave luz de una lámpara.

Y así es, en efecto: la poesía nace de la honradez, de la bondad, y del orden. Nada más poético que una familia en que todos se estimen, se amen, sientan al unísono; y uno de los momentos más felices de la tal familia es, sin duda, cuando en estas largas noches se hallan reunidos todos, consagrados al trabajo fecundo ó á honestas distracciones.

ANTOÑITO



PICAMIGAS

A mi querido hijo Pepito.

(CUENTO)

Ellos se habían reunido en el alero de un tejado, á la luz del sol. Revoloteaban, y dando saltitos fueron congregándose en aquel punto, desde el cual se veía la calle en la profundidad formada por dos hileras de altas y grandes casas. Corrían por ellas en continuo estruendo los carruajes, y los transeuntes aparecían como enanos; las más empinadas torres de la



Lindoro el elefante

población se alzaban sobre la extensa masa de apizarrados y tejados; y el cielo azul, limpio de toda nube, se ofrecía brillante y alegre.

Picamigas era el más gordo y travieso de los cinco gorriones que formaban el conciliábulo; siendo, por otra parte, el que había motivado aquel congresillo de tejas arriba

—Os lo aseguro,—decía;—he tenido la vida en un hilo.

Todos los gorrioncillos se estremecieron de espanto; pues cualquiera que sea el valor de estos audaces aventureros, siempre que por casualidad se detienen á examinar los peligros que suelen ofrecérseles en su azarosa vida, el terror les sobrecoge y hasta puede quitarles la fuerza necesaria para dar un aletazo al aire; sin que se vean jamás libres de sustos y temores.

—Bien sabéis,—continuó diciendo,—que en el cuarto segundo de aquella gran casa amarilla hay un pajarraco verde con un pico grande y corvo, y ga-

rras, que habla y canta como un chicuelo: pues todas las tardes, á eso de las dos ó dos y media (que yo, colocado en los hierros del reloj de los Consejos, aguardo á que dé la hora), le sirven al tal avechicho, en la cazoleta del jaulón en que se halla prisionero, garbanzos, bizcocho, pan, uvas y algunas otras golosinas. Él, con ese pico retorcido, no se arregla muy bien para atrapar y engullir, y desparrama casi toda su comida por el balcón: voy yo, y sin pizca de miedo á aquel mamarracho... pica allí, pica acullá, lleno el buche. Solamente los días lluviosos ó muy fríos me quedo... sin la ganga.

—¡Pobre Picamigas!—exclamó un compañero.—Y ¿cómo te las arreglas?



Mudanza de niños

—En un principio anduve mal, pero después...

—Veamos.

—Después salí adelante... y sin más peligros que este que acabo de correr ahora y que, como os digo, ha sido terrible: repito que tuve la vida en un hilo.

—¡Ea! Cuenta y acaba, que pronto tengo que irme al mercado cubierto, á recorrer los sitios de las verduras.

—Sí, cuenta; que, á la verdad, se halla uno tan ricamente aquí, al sol, escuchando las aventuras de un buen camarada como tú...

—Un día, á la hora que os he dicho, volé á posarme como de costumbre sobre la barandilla del balcón. El loro estaba allí en su jaula, é inclinando, hacia el

lado en que me hallaba, la cabeza, me miraba con el ojo izquierdo y luego se volvía para mirarme con el derecho; y lanzando de tiempo en tiempo un chillido agudo y garraspeante, convulsas las garras y entreabriendo su horrible pico, me amenazaba neciamente toda vez que le era imposible salir de su prisión. Yo descendí, y saltitos á saltitos fui picando los desperdicios del pajaraco. El balcón se hallaba entreabierto, dentro de la habitación á que corresponde oía hablar á la gente de la casa, la persiana estaba echada; pero esto me había ocurrido ya mil veces, y ya sabes que Picamigas no siente miedo alguno ante el peligro cuando trata uno ya no tan sólo de comer, sino de llevar á los hijitos el alimento necesario; y allí hallaba para ellos, porque, frente por frente del nido de mi familia, de un solo vuelo llevaba á mis pajarillos alguna



El carnero salvador

cosilla. Los tiempos no andan muy buenos, las eras se quedan para los gorriones campesinos, y andando por esos campos se expone uno á morir atravesado por un perdigón: debemos los ciudadanos buscárnoslas en la ciudad. Además no hemos de atarearnos por vivir sólo de moscas y de insectos, como las afanadas golondrinas.

—Bien, adelante, no divagues,—replicó un gorrión viejo y gordo que no cesaba de despiojarse por entre las plumas esponjosas al calor del sol.

—Ello fué,—continuó diciendo Picamigas,—que de pronto salta sobre mí un terrible gatazo negro que sólo recordarle me espanta. ¡Ah! Por poco caigo en sus agudas uñas. Volé ciego y fui á ficarme en la jaula, donde el terrible pajarraco, dando un espantoso chichido, se lanzó á herirme en mis patitas. Salté de allí aturdido, choqué contra la persiana con peligro de caer de cabeza al suelo, y al fin, precipitado y frenético de terror... (¡oh qué espanto es para un pájaro no tener ante sí el libre y anchuroso espacio para sus alas!) ...entré, por el vano del balcón, en un reducido gabinete, donde fué mi llegada

acogida con gritos y algazara estruendosos. ¡Imaginaos, queridos camaradas, que había allí tres niños!— ¡Un pájaro, un pájaro, papá! ¡Un pájaro! ¡Ha entrado un pájaro!— ¡Desventurado de mí que intenté esconderme en el esquinazo del marco polvoriento de un cuadro! ¡Sentía mi corazón latir, latir apresurado como si fuera á estallar dentro de mi pecho! Quise en el primer momento serenarme: miré á todas partes. La estancia era reducida: había en el centro una gran mesa bajo una pesada lámpara colgante; un armario, cortinas, sillas y cuadros, el balcón y una puertecita estrecha; y ante mí... (¡oh qué gozo me produjo el descubrimiento!) un espacio de luz por donde escapar. No aguardé á más detenido examen. Volé, y... aquello era un engaño: al llegar á lo que se me antojaba espacio luminoso choqué con una masa dura y lisa... Ya estaban



El carnero salvador

aquellos monstruosos chicuelos armados de paños y toallas y zarandeándolos de una á otra parte. ¡Horrible afán! No hallé sitio de reposo; no encontraba por dónde huir... Volé en torno de aquella habitación pequeña, poseído del más horrible terror. Me mareaba, sentía ya el vértigo, y por dos ó tres veces recibí algunos latigazos que por poco no dan conmigo en el suelo: aun se me ponen las plumas en punta sólo al recordarlo; la piel se me pone como carne de gallina. Una vocecilla dulce exclamó entonces:

— ¡Abrir el balcón y que se vaya, pobrecillo!

— No, señor. ¡Buena tontería! Si le cogemos, al puchero: me parece que está gordo.

— Jugaremos un poco, y luego...

— ¡Ah! ¡Aquí está, aquí está! ¡Ya lo tengo en la mano, Carlitos!

En efecto: me habían cogido, pero yo no estaba ya á merced del miedo. Una rabia fiera me acometió, aunque en vano, porque no era posible defensa alguna: piaba, piaba furioso; puede que mis terribles píos se oyeran en mi nido adorado...

— Vamos á echárselo al loro, Carlitos,—dijo mi tirano.

Esta idea me dejó helado de espanto: bien sabía el encono que me profesaba aquel viejo y feo animalucho. Morir entre aquellas garras y á los golpes de aquel pico feroz era para mí la más horrenda de las muertes.

Yo sacaba mi cabeza por la mano del chicuelo que me había atrapado. Todos me miraban sonrientes. Eran sus caras para mí verdaderamente repugnantes y odiosas. Veía brillar ante mí los negros ojos del pícaro de Carlos, y comprendía que aquel tunante se hallaba ideando alguna brutal diversión. ¡Qué ojos aquellos!



La historia del rey Midas

—¡No, no! ¡Soltadle, soltadle!—gritaba aquella dulce vocecilla que había oído en un principio.

Pero los muy bandidos no pensaban en esto ni mucho menos. Ocurrióseles una idea para prolongar más tiempo el fiero trance: buscaron un grande ovillo de hilo, y por esto os dije que había tenido la vida pendiente de un hilo...

—Y bien: ¿qué hicieron? ¡Y acaba por Dios, que eso es terrible!

—Pues á ellos no se les figura así: por manera que, si á uno de esos niños

Ayuntamiento de Madrid

le hubiesen atado una cuerda al pie y le hubiesen arrojado de este modo á la rapacidad de una pantera... ¡qué miedo les causaría á todos los humanos oír el relato!

Pues así me arrojaron al gato. Éste me acechaba, se lanzaba sobre mí, daba yo un vuelo para librarme de él, y del modo mismo se repetía el repugnante juego mil y mil veces... Descubría en medio de mi loco espanto los negros ojos del malvado chicuelo. Era aquello un atronador tumulto de gritos como aullidos de jauría gozosa. Parecían bestiecitas ó salvajes en una algarada sangrienta...

Y siempre, como os digo, aquellos feroces ojos del chicuelo brillando de alegría como los de un animal carnicero ante la presa... Tienen alma de buitres esos niños.

¡Ah! Por fin, tales fueron los lamentos que hubo de lanzar la niña, la misma cuya voz había oído en mi favor desde los primeros momentos, que la puerta del cuarto se abrió, y después me vi en unas manos grandes, frías y escuálidas; y miré acercarse á mí la niña con los ojos llorosos: unos ojos dulces y lindos, en cuyo fondo parecía ver yo algo azul y brillante como el cielo. Acercó sus labios á mi cabeza: entonces yo picaba rabiosamente uno de los dedos de aquella mano que me había cogido; y tal era mi sed de venganza, tal mi cólera, que no me apercibí de que me hallaba ya libre hasta que sentí el aliento cálido y húmedo, el suave contacto de la boca de la niña con mi cuerpo... Sentí nueva vida, aspiré el aire... percibí el espacio en su grande explosión de luz ilimitada... y huí á mi amada vida del libre ambiente!

¡Ah! ¡pero deseaba la venganza! ¡picar en aquellos negros y feroces ojos de Carlos, y vaciarlos como vacío dos uvas! Mas creedlo, esto es imposible: siento siempre el dulce beso que me dió la libertad.

—Eso es terrible,—decía en un nido vecino una golondrina á sus hijitos;—pero debemos agradecer al cielo el vernos respetadas... Cierto que vivimos siendo útiles, persiguiendo mosquitos y pulgones; que no buscamos tan cómodamente nuestro alimento... pero somos sagradas, y ni por razón ni por capricho nos persiguen las gentes; gozamos de la mayor libertad: la del trabajo. ¡Ah que no siempre para los rateros existe el dulce velo del perdón!

JOSÉ ZAHONERO



El eider



Á MI MADRE

EN SUS DÍAS

Madre del alma, mi dulce madre:
pronto en oriente va á despuntar
la alegre aurora de un fausto día,
la bella aurora de tu natal.

Y en vez tan grata ¿qué podré darte
á tí, mi tierno, mi santo amor?...
Benigna acoge, madre adorada,
como una ofrenda, mi corazón.

Es el tributo que te consagra
mi ardiente afecto, mi amor filial,
y que tú sabes pagar con creces
porque es tu pecho todo bondad.

Tú, que infundiste, cuando era niño,
en mi alma el santo temor de Dios;
que por tu mano su augusto nombre
lleva grabado mi corazón.

Tú, que en la triste, penosa vida
eres el iris de dicha y paz
á cuyo influjo se calma luego
de mis pesares la tempestad.

Tú, que me impartes sombra y abrigo;
tú, en quien encuentro luz y calor
tú, que conviertes en alegrías
las negras penas del corazón.

¿Qué de mí fuera ¡desventurado!
si me llegases, madre, á faltar?
Fuera, en el mundo, bajel deshecho
que en la borrasca se traga el mar.

¡Jamás te pierda! Siempre tu vida
que guarde pródigo pido al Señor
en la que se alza plegaria humilde
de lo más hondo del corazón.

IGNACIO PÉREZ SALAZAR



Algunas aves extrañas

✻ NUESTROS GRABADOS ✻

¡ACCIDENTE!

ESTATUITA EN BRONCE POR D. MARIANO BENLLIURE, DIBUJO DE P. Y VALOR

Esta bellísima escultura es una verdadera preciosidad, y con el dibujo á la vista se comprende que obtuviera el grandísimo aplauso que mereció. Todo es natural en ella: su gracia es puramente española, y cualquiera se echa á reír al ver el cómico gesto del monago que se ha quemado los dedos en el incensario.

LINDORO EL ELEFANTE

La colección zoológica de Wombuell fué en otro tiempo la más famosa de Europa, como ahora lo es la de Bidel; y entre los diversos animales figuraba un elefante llamado *Lindoro*. Estando el dueño visitando cierta ciudad del extranjero, el enorme paquidermo enfermó á consecuencia de un fuerte cólico. Un veterinario de la localidad le propinó una medicina que salvó la vida del animal.

Algunos días después, toda la colección pasaba por la calle. El elefante divisa al veterinario en una tienda; nuestro hombre sale para ver que ocurría, y entonces Lindoro le toca la mano con la extremidad de su trompa; el facultativo la acaricia, y el coloso prosigue su camino muy satisfecho.

Todos los animales agradecen la bondad del hombre, pero los elefantes más que ningún otro.

MUDANZA DE NIÑOS

¡Qué buen tiempo hacia cuando se efectuó la mudanza á otro domicilio! Habíamos esperado hacia mucho tiempo esta novedad y hablóse de ella durante varias semanas.

Los hombres encargados de los carros cargaron el mobiliario y nos hicieron reír mucho, porque algunos llevaban en la cabeza dos sombreros, uno negro y otro blanco, todos de papá.

En cuanto á nosotros, estábamos muy inquietos por nuestros juguetes. Se nos ofreció llevarlos en la parte anterior del carro, pero nosotros temíamos que se rompiesen, y, como la nueva casa no estaba lejos, resolvimos conducirlos nosotros mismos.

Luis tenía un velocipedo chiquito; pero como no podía comunicar movimiento á éste si iba cargado, dijimosle que fuera delante como capitán. Yo le seguía con mis muñecas, colocadas en mi carruaje en el cual iba también la jaula con el canario. Arturo nos seguía con su caja de conejos; y detrás de todos iba María, indicándonos el camino que debíamos seguir.

Cuando hubimos recorrido la mitad de la distancia, recordamos que se nos había olvidado el gatito, y Arturo corrió á buscarle.

Poco después llegamos sin novedad á la casa nueva: los conejos comenzaron á correr muy contentos por el patio, el gatito se fué á buscar el calor de la cocina, y el canario manifestó su alegría lanzando sus más dulces trinos.

¡Qué apetito teníamos todos, y con qué gusto comimos por primera vez en la nueva casa! No teníamos mantel, ni se encontraba la sal, ni otras cosas que necesitábamos; pero esto nos importaba poco. Cuando llegó la noche, estábamos todos tan cansados, que apenas nos acostaron quedamos completamente dormidos, soñando en las muchas cosas que haríamos al día siguiente.

EL CARNERO SALVADOR

Cuando Santiaguito tenía sólo seis años, confiáronle al cuidado de su tío Vicente, quien le condujo á su futura casa, fuera de la ciudad.

El chico estaba casi siempre solo y triste, porque su tío le trataba á menudo con mucha dureza, y hasta con crueldad. Los fríos del invierno se habían dejado sentir antes que de costumbre; y como Santiago era el único chico que habitaba en la granja, obligábanle á trabajar mucho, sin contar que su escasa ropa no era suficiente para resguardarle de la intemperie.

Entre los diversos trabajos que el pobre muchacho debía efectuar, contábase el de conducir un rebaño de carneros.

Cierta tarde en que el cielo amenazaba tormenta, ordenósele que condujera el rebaño á pacer, y marchó al campo sin replicar; pero llevaba tan poca ropa, que muy pronto le entorpeció el frío. Entonces sentóse en una roca, porque también sentía cansancio, y á poco observó que le empapaba la humedad; mas ésta le producía una sensación tan agradable, que á los pocos momentos quedó profundamente dormido.

De improviso despertóle un tremendo golpe que le hizo rodar por tierra, y, al mirar á su alrededor, vió un carnero ya viejo. El animal parecía indicar que era culpable: así es que Santiaguito no dudó de dónde había venido el golpe; pero imaginó que aquel ataque era casual, y muy pronto volvió á dormirse.

El carnero arremetió otra vez al muchacho, haciéndole rodar por la nieve; pero esta vez



La muñeca nueva de Teodora

Santiago se despertó al punto, y, encolerizado, buscó una vara para castigarle. El carnero comprendió, sin duda, la intención, pues atacó de nuevo al pastorcillo como para acabar con él; tanto, que le obligó á poner pies en polvorosa en dirección á la granja.

El animal le persiguió, seguido de todo el rebaño; y no fué poca la sorpresa del labrador y su familia al ver al muchacho correr con toda la ligereza que sus piernas le permitían. Llevaba el cabello en desorden, y en su rostro pintábase el terror. Detrás de él iba el carnero padre y el rebaño en masa.

Santiago quedó victorioso en la carrera, pero pasó mucho tiempo antes de que pudiera acercarse impunemente al animal.

El muchacho sabe ahora que, á no ser por los esfuerzos de aquél para obligarle á que



La muñeca nueva de Teodora

abandonase su puesto, donde corría peligro de helarse, hubiera perecido irremisiblemente: el sueño que le sobrecogió habría terminado con la muerte.

Santiago asegura que el carnero sabía muy bien lo que hacía. Yo no puedo explicarlo; pero reconozco que «Dios efectúa sus milagros de una manera misteriosa que no nos es dado penetrar.»

Ayuntamiento de Madrid

LA HISTORIA DEL REY MIDAS

Hace muchos años vivía un rey que, á pesar de ser muy rico, trataba siempre de aumentar sus tesoros. Necesitaba muchas semanas para contar su caudal, y, tuviera lo que tuviera, no se daba nunca por contento.

Cierto día, en el momento de estar contando su oro, lejos de manifestar alegría, su mirada era triste, y estaba tan pensativo que no echó de ver la presencia de un extraño.

—¿Qué tenéis?—preguntó éste al rey.

—¡Pues!—contestó el monarca.—Quisiera convertir en oro cuanto mis manos tocan.

Ahora bien: el desconocido era un hechicero que podía satisfacer el deseo del rey, y así, muy serio, le dijo:

—Desde mañana todo cuanto toquéis se convertirá en oro.

Aquella noche fué tal la alegría del monarca, que no pudo conciliar el sueño. Por la mañana, después de levantarse, fué á coger su manto de púrpura para ponérselo; mas, apenas lo tocó, el tejido se convirtió en oro: lo mismo le sucedió con sus sandalias y con el sillón en que debía sentarse.

Cuando salió á dar un paseo por la mañana, todas las flores que tocaba convertíanse en oro, lo mismo que la tierra y la hierba por donde andaba.

Llegada la hora de almorzar, y como los reyes son sensibles al hambre, Midas volvió á su palacio para desayunarse, y lo primero que hizo fué pedir un vaso de agua; mas, apenas la hubieron tocado sus labios, se trasformó en oro. El pobre rey no pudo, pues, beber, y todos los tesoros del mundo no le hubieran bastado para mitigar su sed.

Después sentóse á comer, pero todos los manjares se convertían en oro al tocar á sus labios; de modo que no pudo aplacar su hambre, siéndole también inútiles sus riquezas en este caso.

Muy pronto apareció de nuevo el desconocido, y el rey, con lágrimas en los ojos, le suplicó que le librara de la virtud de trasformar en oro lo que tocaba.

—¿No sois feliz, rey Midas?—preguntóle.

—No: soy muy desgraciado,—contestó el monarca;—y por eso os ruego que me privéis de ese don fatal.

Compadecido el hechicero, aconsejó al rey que se bañara en una corriente próxima, y, habiéndolo hecho así, Midas perdió en las aguas su fatal privilegio, y desde entonces fué un rey feliz.

EL EIDER

En un país muy frío, cerca del Océano del Norte, hay miles de las magníficas aves que llaman *eiders*, de tal modo que á cada paso se encuentra alguna. No les agrada permanecer donde los ríos están siempre helados y el suelo está cubierto de nieves perpetuas porque apenas brilla el sol algunos días en el verano; pero viven allí porque buscan la soledad.

Fabrican sus nidos con yerbas y ramillas, las cuales cubren con una capa del más fino plumón, que la hembra se arranca, á fin de hacer un mullido lecho para su progenid.

Cuando abandona su nido para buscar alimento, como el frío es tan riguroso, cubre cuidadosamente los huevos, á fin de conservarles el calor necesario.

Los indígenas obtienen grandes beneficios con la venta del plumón; pero las pobres hembras padecen mucho cuando no pueden arrancarse más para sus hijuelos. Entonces, y cuando el nido queda desnudo, el macho acude á prestar auxilio, arrancándose su propia pluma, más blanca que la de la hembra, pero no tan blanda.

El plumón es tan sumamente ligero, que apenas pesaría una onza todo el que se introdujese en un sombrero; pero es un material que abriga mucho, y con él se fabrican *edredones*

ALGUNAS AVES EXTRAÑAS

Existe un ave que cose tan bien, que se la ha designado con el nombre de *pájaro sastrero*. Su curioso nido, siempre oculto entre el follaje, se compone de hojas unidas entre sí.

Tal vez se pregunte dónde encuentra el material para coser aquéllas: á esto contestaremos que lo obtiene de los filamentos de la planta del algodón, los cuales hila perfectamente, convirtiéndolos en hebras muy finas, con su delicado pico y sus pequeños pies. Después de reunidas las hojas, practica agujeros en ellas, y á través de éstos introduce el hilo.

Ciertas aves, como el *picamaderas*, se sirven de sus picos para abrir agujeros en los ár-

boles, donde buscan las larvas é insectos de que se alimentan. El ruido que produce esta ave cuando trabaja, se oye á una distancia considerable, percibiéndose claramente los repetidos golpes que con su pico descarga en la corteza.

Os hablaré de otra especie, también muy extraña, que en realidad carece de alas, pero que está provista, en cambio, de un pico muy largo, del cual se sirve, como otras muchas aves, para recoger el alimento, insectos y larvas. Esta especie se distingue además por una costumbre sumamente singular: introduce la punta de su desmesurado pico en la tierra y apóyase en él lo mismo que una anciana en un báculo; y á causa de esto se ha llamado algunas veces á esta especie *ave bastón*.

LA MUÑECA NUEVA DE TEODORA

Teodora se había extraviado por las calles, y á cada paso alejábese más de su casa; tenía los ojos hinchados y los cabellos en desorden; por sus mejillas deslizábanse gruesas lágrimas; llevaba el sombrero colgando y el vestido roto.

Cuando era más pequeñita, Teodora había aprendido lo que debía hacer si llegaba á perderse, y solía decir: «Si alguna vez me extravió, iré á buscar á un *municipal*, le diré quién soy y dónde vivo, y me acompañará á mi casa.»

Sin embargo, llegado el día en que se perdió, Teodora no supo qué hacer: el agente de la autoridad le pareció muy grande, y tuvo miedo de acercarse á él, por lo cual comenzó á llorar.

En aquel momento la niña vió á una mujer que se acercó á ella hablándole cariñosamente, y cobrando confianza refirióle sus cuitas.

—Estaba vistiendo mi muñeca,—dijo,—cuando un perro grande saltó sobre mí y se apoderó de aquella. Entonces eché á correr; pero muy pronto, cuando quise regresar, ya no encontré mi calle. ¡Oh! ¡Ya no veré más mi muñeca! ¡Aquel perro se la habrá comido!

—No importa, hija mía,—dijo la mujer.—No llores: yo te acompañaré á casa y te daré una muñeca nueva.

Teodora sonrió de placer, y comenzó á charlar después de coger la mano de la desconocida.

—¿Tiene usted niñas como yo?—preguntóle.

—Sólo una,—contestó la mujer.

Teodora fijó la atención en el rostro de su protectora, y parecióle tan triste que no le dirigió ya pregunta alguna.

De repente gritó:—¡Ahí está papá! ¡Adiós!—Y presentando sus mejillas para recibir un beso, añadió:—La quiero á V. porque es buena.

La mujer se detuvo para besar á la niña, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Después puso en sus manos un envoltorio y le dijo:—Siento mucho que hayas perdido tu muñeca, pero aquí tienes otra. Ahora corre á casa, y cuidado no la dejes caer.

Teodora profirió una exclamación de alegría, pues la muñeca era tan grande que apenas podía llevarla.

—¡Papá, papá!—gritó.—Tengo una muñeca muy grande en vez de la mía.

El papá rió á Teodora, pero su mamá le dió un beso. Después se abrió el envoltorio, y vióse que contenía una criatura viva. Teodora tocó sus suaves mejillas, murmurando:—Aquella buena mujer me ha dado su propia niña.

La criatura creció sin que nadie pensara en llevarla al hospicio, porque Teodora tenía suficiente cariño para amar á dos niñas y á dos muñecas.

LA FAMILIA HONRADA

Novela inglesa, por Miss Edgeworth

(Continuación)

Estos consejos de su padre querido habían causado tal impresión en el espíritu de Francisco, que éste se había aplicado tempranamente á corregir la violencia de su carácter y á hacerse paciente é industrioso. Los tres her-

manos estaban estrechamente unidos entre sí, y su amistad, aparte de estimularles á hacerse mejores, era para ellos grata fuente de placer.

Después de largos años de perseverancia y de trabajo, había en tanta manera, el Sr. Frankland, mejorado su cortijo, que se encontraba en gran desahogo dada su condición. El jardín, el patio, todo lo que le pertenecía, ofrecían tal aspecto de aseo y bienestar que los viajeros que pasaban por allí cerca no dejaban nunca de preguntar por el nombre del colono. Y, sin embargo, no veían más que el exterior. ¿Qué hubieran dicho si sus miradas hubiesen podido penetrar á través de las paredes, si les hubiesen sido dado contemplar el espectáculo de la apacible felicidad de aquella honrada familia? Felicidad de que se puede gozar lo mismo en una cabaña que en un palacio, ya que nace solamente de la unión de los corazones.

En la época en que comienza esta historia, traíale gravemente preocupado al Sr. Frankland el problema de la colocación de sus hijos. Jorge estaba suficientemente ocupado con los asuntos de la casa y el cuidado de la finca. Jaime se hallaba en vísperas de poner una tienda de mercería en Monmouth: las mercaderías estaban compradas y acababa de alquilar un local conveniente.

Sin embargo, había una parte de la techumbre de la casa que dejaba penetrar el agua, y Jaime no quiso partir sin que estuviesen enteramente reparadas las goteras. Por este motivo le fueron expedidas de Londres las mercancías á nombre de su padre, que vivía á una milla de Monmouth, y, una vez recibidas, rogó á sus hermanas sacasen lo que contenían los paquetes y pusiesen rótulos en cada artículo. Una noche, dormía toda la familia desde largo rato, á excepción de Paulina, que acababa de marcar una caja de cintas, única cosa que quedaba por hacer. Acababa de consumirse su vela é iba á buscar otra, cuando percibió, pasando cerca de una ventana que daba al patio, un vivo resplandor. Miró afuera, y vió la gran hacina de heno hecha una llama.

(Se continuará)



Soluciones á las charadas del número anterior:

1.ª CAMARADA.—2.ª REGALO

CHARADA

¿Que quieres ir hoy al teatro
á ver el *Don Juan Tenorio*?
Espera un poco, Gregorio,
que te *dos tres* la *una cuatro*.

Y aunque en el drama verás
un *todo* de profesión,
hijo de mi corazón,
tú no lo seas jamás.



CHARADA

Si eres *primera primera*
y no eres ningún *dos dos*,
antes que á tí te *dos prima*
por malo y enredador,
Pepito, dale á tu madre
un *todo*, sin dilación.

Las soluciones en el número próximo.

ADVERTENCIA.—Los tres primeros niños que envíen la solución de las charadas recibirán, como obsequio, un regalo; entendiéndose esto para cada número.

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 y 367, BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 y 367.—BARCELONA.

Ayuntamiento de Madrid